

José Luis Rodríguez del Corral

## **Blues de Trafalgar**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

# 1

El levante ha saltado por la noche con la luna llena, ardiente como el aliento de un dragón que se arroja de improviso sobre la costa desarbolando cuanto puede, arrastrando todo lo que no está bien sujeto, despertando a familias enteras a golpes de puertas y ventanas. Encoge los perros haciéndolos gemir. Se apodera de Bolonia cubriendo de nuevo de arena sus ruinas, agranda los ojos de los caballos de la yeguada de Zahora, que yerguen las orejas y permanecen insomnes. Altera el letargo de los bueyes de San Ambrosio, quiebra ramas en La Breña, arrancando de cuajo por igual pinos viejos y recién nacidos. Se pasea triunfante por las amedrentadas poblaciones de La Janda desde Tarifa a cabo Roche, moviliza a los dementes y trastorna a los cuerdos, enfrenta a las parejas en la ardiente atmósfera de los dormitorios, levanta a las madres inquietas de madrugada para mirar a sus hijos. Recluye a los veraneantes en sus cuartos alquilados haciéndolos maldecir, sudando sin poder dormir tras puertas y ventanas cerradas. No hay una sola luz en la costa, ¿quién va a enfrentarse a él en mar abierto? Remueve viejos huesos en los abrigos de los acantilados, en las hendiduras de las sierras, en casas abandonadas, restalla látigos de fuego y arena como las Furias.

Oculto en mi refugio, en esta casa frente a la playa de La Aceitera, solo, aislado como el ermitaño de la baraja del tarot en su peña asediada por el mar y la noche, miro el

destello del faro de Trafalgar, insomne y tembloroso en la turbulencia del viento. He vuelto a esta costa, después de tantos años, para saldar una vieja cuenta, para abrir una antigua herida que ha seguido sangrando en mi corazón. Hace mucho ocultamos cuidadosamente esa cicatriz repulsiva, la olvidamos y lo dimos todo por bueno. Jueces benevolentes de nuestras propias culpas. La tapamos pero no conseguimos cerrarla, al menos yo no pude, y el veneno que destilaba corrompió mi alma.

Si el tiempo cura es porque mata, mata personas, pasiones, recuerdos, pero hay heridas que sólo sanan cuando se las expone a la luz, cuando se les echa sal, aunque escueza. Este libro es un acto de justicia, no una venganza. Es una confesión para que otros comprendan, recuerden... y yo pueda al fin olvidar.

De niño, como no sabía qué decir al confesarme, me inventaba los pecados. Aquella fue mi primera actividad literaria y seguí haciéndolo, inventándolos, cuando ya cometía pecados de verdad, pero esos, claro, no los confesaba nunca. Durante toda mi vida me he comportado de ese modo, imaginando historias falsas para evitar contar mi historia verdadera, a eso es a lo que quiero poner fin en estas páginas que son las primeras sinceras que escribo.

¿Cuándo comienza una historia? En las ficciones es más fácil, todo lo inventas y lo que tienes seguro es un punto de partida, lo nebuloso es el final, apenas entrevisto porque aún no ha sucedido ni siquiera sobre el papel. En una historia auténtica es al contrario, lo que tienes es el final, los hechos irrevocables, y lo difícil es encontrar el cabo de la madeja, situar en la malla inextricable de actos del pasado el comienzo de lo que fatalmente ocurrió después. Si no hubiera conocido a Teresa hace veinticinco años en la universidad, si nuestros caminos no se hubieran cruzado después con los de Julián y Federico, si hubiéramos pasado el verano en algún otro lugar y si aquella noche no hubiésemos subido a la

sierra, Francisco Parra no habría muerto hace ya once años en San Ambrosio, en La Janda. Y a partir de ahí todo lo que vino después, cada uno de los acontecimientos que me han traído de nuevo a estas playas para escribir esta delación. He tardado en comprender que es preferible traicionar a los demás a traicionarte tú mismo. No es una lección sencilla, pero llegados a cierta edad ninguna lo es. La verdad que no se aprendió de joven porque parecía muy dura, ¡cuánto más dura resulta pasados los años! Tal vez Francisco habría muerto del mismo modo, porque era su sino, aunque jamás se hubieran cruzado nuestras vidas, o tal vez no. Quién sabe si lo que ocurre tiene que ocurrir de una u otra forma, con unos u otros actores, por fuerza o, por el contrario, el más mínimo desvío podría cambiarlo completamente todo. Lo que he aprendido es que esta duda no nos exime de responsabilidad.

¿Destino o azar? Al final, qué importa, todos somos sus víctimas. El viento no deja de soplar, no trae respuestas, sólo gemidos, calor, arena.

La estoy viendo salir de la biblioteca del Laboratorio de Arte, en la Universidad de Sevilla, en el edificio de largas galerías que fuera la antigua Fábrica de Tabacos, la estoy viendo cruzar en cuatro pasos decididos el patio, bordeando la fuente bajo la mirada ciega de las grandes estatuas de escayola y pasar junto a mí que la detengo con cualquier pretexto. Teresa era como una de aquellas estatuas, alta, hierática, hermosa. Te contemplaba de igual modo, observándote desde el pedestal de su altura de miras para pesarte en la balanza de sus intereses, sin mayor emoción. Congeniamos porque la hice reír y necesitaba reírse, era demasiado seria. Muy aplicada, al contrario que yo, que me tomaba la carrera de filología a lo poeta. Teresa estudiaba antropología social por una periclitada vocación revolucionaria heredada de su padre, dirigente de uno de aquellos partidos raros del final del franquismo (trotskistas, maoístas, alguno de esos). Una Diana militante, puritana de izquierdas que se fumó conmi-

go su primer porro. Comenzaban los ochenta y en la universidad las asambleas habían sido sustituidas por las fiestas de la primavera. La democracia había desactivado la mecha revolucionaria y las drogas tomaron el testigo de la política en la carrera de relevos de la transgresión. Teresa hizo esa transición de mi brazo, aprendió conmigo a ser brillante y superficial, a «coger el punto», nos potenciábamos el uno al otro, satisfechos de poder tomárnoslo todo a risa y no creer en nada más que en nosotros mismos.

Desde el principio tuvimos una relación muy estrecha, pero aunque nos acostamos varias veces, éramos más cómplices que amantes, no llegamos a entendernos en la cama porque yo estaba tan preocupado por provocarle un orgasmo (una tarea angustiosa a veces) que no disfrutaba del mío. Salíamos a menudo juntos pero no formábamos una pareja. Creo que en su fuero interno debía de mirarme como la dama al criado gracioso de las comedias de enredo, depositaba en mí toda su confianza pero yo estaba lejos de llegar a la elevada consideración en que ella misma se tenía. La acompañaba a todas partes representando ese papel porque estaba fascinado por su belleza, por su osadía, por el ascendiente que lograba sin esfuerzo sobre los demás, pero sólo al principio estuve enamorado de ella. Se me pasó cuando comprendí su frigidez emocional, su falta de empatía, que a sus ojos yo sólo sería un espejo para reflejarla y nunca emitiría una luz propia. Sin embargo, me gustaba estar con ella, nos complementábamos y, aunque ligábamos cada uno por nuestra cuenta y cada cual tenía su círculo de amigos –en su caso el mundillo político que nunca abandonó, en el mío el literario donde trataba de ganarme una reputación–, siempre acabábamos buscándonos para compartir confidencias y colocarnos con una confianza de viejos amantes y un entendimiento de cómplices. Teresa era una de esas feministas que prefieren estar con hombres a estar entre mujeres y apenas tenía amigas (yo era, en realidad, su mejor amiga), tal vez porque le gustaba ser el centro exclusivo de atención. Comprábamos a medias el hachís, un vínculo poderoso en aquellos tiempos en que el

costo, el chocolate, la goma, el doble cero, el polen y mil eufemismos más, era el eje sobre el que giraban nuestros días. Íbamos en mi vespa a pillar a la plazuela de Santa Ana, al Pumarejo. Los jueves nos paseábamos por el mercadillo de la calle Feria, como los demás vacilones, mirando las cosas que vendían los gitanos, revolviendo los puestos de libros. Por la tarde, nos tumbábamos en el césped de Chapina, a la orilla del río. Teresa aprovechaba los fines de semana para estudiar y yo para escribir mis primeros cuentos y mis últimos poemas.

Un día apareció con Fede, un joven rubio que estudiaba arquitectura al que había conocido en un círculo ecologista, algo pijo y muy culto, hablaba de un modo pausado, dulce, escuchándose a sí mismo, a menudo se ponía un poco pedante pero me pareció un gran tipo. Quería hacer edificios inmersos en la naturaleza, lo sabía todo de cine, de fotografía, de arte. Por un tiempo pareció que Teresa había encontrado su príncipe azul, sin embargo no fue así. Tal vez, al contrario que en mi caso, porque se parecían demasiado y ninguno quería ser satélite del otro, así que en poco tiempo llegó a la misma situación de compañerismo en la que yo me encontraba y eso nos hermanó. Fede se sumó a nuestras compras de costo y nos convertimos en un trío, más en el sentido musical, porque íbamos a una, que en el sexual, porque cada uno follaba por su lado. Ninguno tenía piso propio, aún vivíamos con nuestros padres y ese era nuestro principal motivo de preocupación. A veces hablábamos de alquilar algo juntos, más para estar que para vivir, pero nunca nos poníamos a ello. Pasábamos las horas en el Farol Azul, una taberna donde alternaban intelectuales y flamencos, con dos o tres salas en las que uno podía sentarse durante horas con una cerveza y lo mismo oía un cante que una teoría filosófica siempre disparatada.

Allí conocimos a Julián, en la presentación de una revista que incluía un cuento mío. Me abordó para decirme que hacía vídeos y que mi cuento le gustaba para un corto. Por entonces el vídeo era una gran novedad, nos pareció genial, nos pasamos la noche con él haciendo planes para llevarlo a

cabo. El cuento trataba del ataque psicótico de un opositor a notaría a causa de un consumo desahogado de anfetaminas y Fedé, con su aspecto docto, haría de opositor. Naturalmente no llegamos a hacer nada, pero nos hicimos tan amigos de él que añadimos una cuarta pata a nuestra mesa.

No muy alto, pero recio, con bigote como si fuera mexicano, Julián era un tío lanzado que, cuando quería algo, se tiraba a por ello con todas sus fuerzas. Gozaba de una extraordinaria energía con la que enfrentaba cualquier obstáculo que hubiera en su camino. A mí me cautivó desde el primer momento porque complementaba mi anemia para la acción. Julián era un hombre de hechos, no de palabras, justo lo contrario que yo. Después del fallido intento del corto, se propuso hacer documentales en lugar de películas. Intercambiamos nuestros contactos para el hash, la maría, la coca, que con él asomó su patita blanca. Julián todo lo hacía a lo grande, no teníamos un duro pero él se comportaba como si a la vuelta de la esquina nos esperara con su bolsa abierta la fortuna. Y de hecho demostró su valía ofreciéndonos al poco alquilar un lavadero en la calle Feria. Justo lo que los tres queríamos y no habíamos sabido hacer.

Se trataba de un solo cuarto de techo bajo y unos doce metros cuadrados, según el ojo arquitectónico de Federico, que aún conservaba dos lebrillos antiguos de cuando se lavaba allí a mano la ropa. Se encontraba en la azotea de una casa húmeda y vieja, sin ascensor, a la que se subía por una escalera angosta con escalones de madera en el último tramo. Tenía fuera una precaria ducha y un lavabo. Dentro apenas cabíamos los cuatro, pero lo alquilamos. Iba a ser nuestro fumadero, nuestro club, un lugar para mirar las estrellas en las noches de verano. Lo cubrimos con esteras, lo llenamos de cojines y Fedé se trajo su equipo de música, que era estereofónico, o eso decía él. Cada uno tenía una llave y aparecía cuando quería, con amigos, con un ligue, aquel era un lugar para no tener trabas. La azotea prácticamente era nuestra porque sólo había dos vecinos. Para follar había que reservar, eso sí, y la primera reserva fue para Teresa y Julián.

Probó con él como lo había hecho antes con Fede y conmigo y el resultado fue el mismo. Éramos tres hombres muy distintos y con los tres tuvo la misma actitud. Le gustaba seducir por el poder de la seducción pero, una vez que había confirmado su dominio, perdía interés: para ella el sexo era cuestión de alivio y el amor simple camaradería. En su manera de amar resultaba con diferencia la más masculina de los cuatro y, como cualquier convencional Don Juan, lo que había bajo el revuelo de sus conquistas era un gran vacío. Te persuadía para que le abrieras la puerta de tu corazón, pero cuando lo hacías, ella no entraba, se daba la vuelta.

Fue así como nos convertimos en la Banda de los Cuatro. Nos llamaban así porque éramos tres hombres y ella, como la banda de la mujer de Mao.

Para mediados de los ochenta dejamos la universidad: Teresa y Fede porque acabaron la carrera, yo porque gané un premio literario con un libro de cuentos y pensé que para ser escritor era un estorbo empeñarse en estudiar filología. Sin embargo, eso no nos distanció. Acomodamos nuestros ritmos a las nuevas exigencias de la vida y el lavadero se alegró con el botín de nuestros primeros ingresos. Seguíamos viéndonos allí, lo usábamos de refugio en los malos momentos y para hacer fiestas multitudinarias en los buenos, también conservábamos la costumbre de comprar el hachís para los cuatro, así nos ahorrábamos algún dinero y manteníamos el vínculo. Fumábamos igual que antes, pero con menos descaro, sin aire de desafío callejero, como la costumbre «creativa» y doméstica de jóvenes profesionales en ascenso. Mientras tanto, los socialistas se asentaban en las poltronas, el país crecía, surgían posibilidades. Teresa empezó a virar de la extrema izquierda a la izquierda en el poder. Fede entró de meritorio en un estudio de arquitectura, el sueldo era bajo, pero sus proyectos en plan «arquitectura de la tierra» le iban creando fama, aunque sólo estuvieran por el momento sobre el papel. Julián empezaba a hacer pinitos de productor y a veces, por influencia de Teresa, cubría en vídeo los actos de la incipiente Izquierda Unida y de las juventudes del PSOE. A mí el premio

me había aportado visibilidad, además de mi primer dinero, y mis cuentos aparecían en revistas, en antologías, recibía en las librerías un trato de joven promesa.

El lavadero lo conservamos varios años, hasta que nos pareció demasiado cutre, en vísperas de 1992. Allí se consolidó nuestra alianza, los cuatro contra el mundo en una asociación de mutuos intereses.

No sé en qué año fuimos a Zahara por primera vez, debió de ser en 1986 o 1987. Habíamos pasado los dos veranos anteriores acampados en plan tribu en Caños de Meca. Por entonces todavía caían las cortinas de agua y podía ducharse uno por las mañanas en una cascada natural. Comprábamos fruta en las tiendas de los alrededores y nos la llevábamos por cajas a las calas, donde la marea nos dejaba encerrados por la noche, alucinando con los ácidos que Julián compraba a los alemanes de Castellar, o quizá fueran holandeses, ¿quién se acuerda a estas alturas?, estrella roja llamaban a sus tripis, que tenían denominación de origen. Todo aquello se volvió un cutrerío insalubre, además ya estábamos en otro punto, jipis, sí, pero con dinero o, al menos, los modales del dinero. Éramos de izquierdas y queríamos ser ricos, siguiendo la corriente general del país, del que un ministro socialista decía que era el mejor del mundo para enriquecerse rápidamente. Nos considerábamos la juventud dorada del momento, aunque el oro fuera una especulación en el horizonte. Por eso al año siguiente hicimos unos kilómetros más de lo que entonces era un viaje de dos horas y media o tres en coche desde Sevilla y alquilamos en Zahara, en la urbanización junto a Atlanterra, un apartamento con dos habitaciones para los cuatro.

Desde entonces volvimos todos los veranos, ya cada uno por su cuenta. Nuestras vidas se iban ramificando, añadiendo placeres y obligaciones y, aunque nos veíamos a menudo en Sevilla, era en vacaciones cuando renovábamos nuestra vieja alianza. Nosotros contra el mundo. Cada uno se bus-

caba su acomodo en función de su pareja o su soltería, pero siempre en contacto, sin despegarnos mucho, entre otras cosas porque seguíamos comprando las drogas en común. Julián montó un pequeño estudio de producción audiovisual y empezó a recibir encargos. Fede proyectó allí cerca, en Bolonia, el primero de sus edificios naturales, que estaban vivos, que respiraban, etcétera: en realidad, una adaptación ingeniosa de los chozos que siempre hubo en la comarca. A Teresa la nombraron algo gordo de las Juventudes Socialistas y empezó a disfrutar de su primer sueldecito. Yo gané otro premio, mi nombre empezaba a sonar en los ambientes literarios, trabajaba en las producciones de Julián, pero eso era a beneficio de inventario porque siempre ha sido tan rácano para los demás como generoso consigo mismo.

Nuestro objetivo era la montaña, es decir, las magníficas casas apostadas en la ladera de la playa de los Alemanes o, en su defecto, las que estaban a sus espaldas en el promontorio mirando al pueblo. Allí era donde queríamos estar, donde queríamos llegar. Mirábamos con curiosa envidia aquellas mansiones, muchas menos que ahora, casi siempre vacías o tan discretas que nunca se divisaba a sus afortunados propietarios. O casi nunca.

Un día vimos al alemán bajar a la playa desde su casa, cuyos jardines en terraza llegaban a la arena. Era un anciano de unos ochenta años con buen aspecto, erguido, bronceado y con algo de barriga, una leyenda que había dado nombre a la playa: se contaba que de joven, durante la segunda guerra mundial, estuvo destinado en aquel mismo lugar para espiar las embarcaciones aliadas que pasaban por el Estrecho. Se enamoró del sitio y volvió años después, en los cincuenta, y compró aquellos terrenos y otros en la falda de la Sierra de la Plata cuya venta le reportó una fortuna. Le acompañaba un joven del que nos preguntamos si sería su nieto, su novio o su esclavo, pero que en cualquier caso velaba por él. No había nadie más en la playa y nos dirigió una mirada entre amable y desdeñosa antes de darse un baño, tomar un poco el sol y volver, del brazo solícito del mozo, a su palacio encantado.

Zahara era entonces un sitio salvaje y exclusivo, nos fascinaba el búnker con su jardín de rocas, entre los Alemanes y Atlanterra, el faro del Caramiñal, la playa del Ejército (una cala grande de la que alguna vez nos echaron los soldados), el sendero arenoso que llevaba a pie a Bolonia, el gigantesco hotel abandonado con sus cientos de ventanas de hormigón como ojos vacíos mirando al mar. Las luces de Barbate en la noche, al otro extremo de la costa y más allá, internándose en la oscuridad del mar, el tómbolo de Trafalgar señalado por su faro, la misma luz intermitente que veo ahora, veintitantos años después, desde la espalda de esa línea de costa, cambiada sólo una letra, aquí, en Zahara, desde la espalda también de aquella época que ahora miro como un futuro truncado. No lamento la juventud, lamento la madurez que no alcanzamos o que alcanzamos al precio de traicionarnos a nosotros mismos. Lamento todo lo que se rompió, todo aquello a lo que apuntábamos, todo lo que podríamos haber hecho de resultar un poco mejores, sólo un poco.

Y el caso es que nos creíamos geniales: Julián produciría grandes películas con millones de espectadores, Federico levantaría edificios que respirarían, orgánicos como los árboles, yo publicaría novelas que me harían célebre y Teresa sería la primera mujer presidente de gobierno y cambiaría el país de arriba abajo. Tiendo a pensar que aquel verano se torció el curso de nuestras vidas y que por eso acabamos haciendo lo contrario de lo que entonces pretendíamos; sin embargo, a veces también pienso que no valíamos ni de lejos lo que creíamos valer y que de todos modos habríamos defraudado aquellas pretensiones.

Estábamos a favor de todo lo ilegal y, aunque empezábamos a formar parte de la «legalidad», aquello no nos incomodaba lo más mínimo. Actuábamos en plan *underground* al tiempo que avizorábamos un futuro de jugosas subvenciones y contratos. Sevilla se preparaba para la Expo y corría el dinero. De una manera u otra, todos lo aprovechamos. Teresa rentabilizó sus contactos políticos y consiguió un cargo en

la organización, no muy importante pero bien remunerado; Julián se apoyó en ella para ofrecer los servicios de su productora y no paró de hacer vídeos; la «arquitectura de la naturaleza» le sirvió a Fede para entrar en la oficina técnica de la Muestra, en la comisión dedicada a crear un microclima. Yo fui el único que no trabajé en la Expo, aunque podría haberlo hecho, de redactor con Julián, pero eso no me apetecía y no lo necesitaba. En 1991, tras dos libros de relatos, publiqué mi primera novela, que tuvo el éxito que no alcanzaron las siguientes. Era la historia de una pareja de jóvenes que no piensan en otra cosa que en drogarse y en follar, la escribí de una manera descuidada, tal como me venían las cosas a la cabeza, sin releer ni corregir, de oído, sin prestar atención ninguna a la ortografía... y los críticos dijeron que me había inventado un lenguaje otorgando rango literario al habla de grifotas y vacilones. La compararon con *El Jarama* y con el «cheli» de Umbral, pero no se trataba más que de hipérboles. Al cabo, al público le gustó porque era un melodrama: tenía episodios cómicos y un trágico final. En 1992 yo todavía flotaba en la nube del éxito y me invitaban a todas partes.

Con tanto ajetreo fue el año en que menos nos vimos, además nos dio por emparejarnos: Teresa con un político treinta años mayor que ella y casado, con el que vivía una relación clandestina; Fede con una niña pija de muchos apellidos y poco seso con la que mantenía algo parecido a un noviazgo formal; Julián con una descocada madre soltera que le divertía y le agobiaba a partes iguales, y yo con Elisa, una periodista mitad andaluza, mitad inglesa que pretendía traducir mi libro al inglés y convertirme en un fenómeno literario mundial. Entonces todo parecía posible, incluso algo tan descabellado como eso. No llegó a traducir ni cuatro páginas, pero nos enamoramos por el camino.

A los dos años de aquella gran borrachera aún duraba la resaca y la economía había entrado en depresión. Cada quien tenía su pequeño problema financiero o sentimental, o ambas cosas, porque suelen ir unidas. El amante de Teresa

no se decidía a dejar a su mujer y eso la tenía negra. Además, con el fin de la Expo, sus ingresos se redujeron drásticamente, al fin y al cabo tenía sólo treinta años y había mucha gente esperando en la cola del poder. Fede trataba a su novia como si llevaran décadas casados, sólo se veían en las ocasiones obligadas y para que ella pudiera desahogarse echando un polvo; se había lanzado a la aventura de crear un estudio propio, pero de pronto la arquitectura ambiental ya no le interesaba a nadie. También había dejado de interesar mi novela tras su paso de meteoro por el firmamento literario. Me estaba cansando de Elisa, o ella de mí, y decidimos darnos un respiro. Se fue a Londres por asuntos de trabajo pero sin dejar claro si pensaba volver. Julián, por su parte, dejó embarazada a la madre soltera, quien lo plantó inmediatamente y le puso un pleito como ya había hecho con el progenitor del primero de sus hijos. Aquello fue un palo, sobre todo emocional y, para reponerse, fiel a su estilo, decidió liarse la manta a la cabeza y alquiló una casa en todo lo alto de ese morro que quiere meter en el mar la Sierra de la Plata y nos invitó a pasar el mes con él, como si aquello fuera una extensión principesca del lavadero. Yo llegué la segunda semana, como Teresa. Fede ya estaba instalado. Era agosto de 1994, todos fuimos sin pareja, dispuestos a soltarnos la melena. Entonces ignorábamos que aquello era un adiós. Cada uno disfrutaba de una habitación propia con vistas y teníamos una piscina y una terraza formidables. Flotábamos sobre las olas en un velero de piedra, una isla privada, aérea, entre el cielo y el mar. Aún podíamos creer que estábamos empezando y ya habíamos puesto el pie en la cima, aunque nada hacía suponer que nos resultaría fácil mantenernos allí.

Todo ocurrió la noche de las lágrimas de San Lorenzo. Decidimos subir más arriba por la sierra a contemplar el cielo. Nos habían hablado de figuras rupestres en abrigos, cerca de la Silla del Moro. El camino hasta allí no estaba asfaltado y había que subir por un sendero de cabras, pero Julián acababa de comprarse un cuatro por cuatro y quería ponerlo a prueba.

Todos íbamos provistos de linternas y, si encontrábamos un buen lugar para instalarnos, pensábamos tomarnos un tripi. La idea era mirar las estrellas fugaces, allí, sin una sola luz alrededor, con la sensación de maravilla que pudieran sentir los hombres primitivos que habitaron la montaña milenios antes que nosotros. Pero no hicimos nada de eso. Avanzamos en la noche dando tumbos por aquel carril de mala muerte y debimos de desviarnos porque en lugar de la Silla, que habíamos visitado una vez hacía dos años, llegamos a otro lugar.

Era un paraje rocoso y ralo, con unos arbustos polvorientos que daban la impresión de ser mechones quemados en una cabeza calva. Las peñas nos rodeaban fantasmales como un decorado iluminado por los faros del coche. El haz de nuestras linternas barría las sombras que se adensaban como un rebaño intentando protegerse. Un búho ululaba cerca, como si nos estuviese vigilando o quisiera advertirnos de algo. No le hicimos caso. Aquel era un lugar encantado, o eso nos pareció, y no tardamos en descubrir un abrigo entre las rocas. Parecía simplemente un recodo cubierto bajo una losa de piedra, pero escondía la abertura de una pequeña cueva tan baja que había que meterse a gatas. En la entrada, sobre la piedra, había grabado un hombre en un esbozo tosco: una línea para el cuerpo, cuatro para las extremidades. Nos quedamos mudos contemplando aquel *graffiti* prehistórico, una muestra de que aquella oquedad en la cresta de la sierra había servido de escondite desde hacía miles de años. Pero no imaginábamos que aún sirviera para lo mismo. Julián entró primero, después entré yo. Ni a Fede ni a Teresa les agradaba mucho la idea de meterse por aquel boquete y nos preguntaron si había más dibujos dentro, con la esperanza de que les dijéramos que no. No contestamos, apuntábamos con las linternas una pila de fardos que ocupaban casi todo el espacio de la cueva. No dijimos una palabra, los dos sabíamos qué era aquello. Si no nos hubiéramos fumado varios pitillos y no hubiésemos llevado el olor impregnado en el cuerpo, nos habríamos dado cuenta antes de entrar: aquello era un alijo de hachís, cientos de kilos.

Salimos y les dijimos que se asomaran y enfocasen con las linternas. «¿Es lo que pienso?», preguntó Fede. Asentimos gravemente y, en un reflejo inconsciente y compartido, miramos a nuestro alrededor con aprensión, pero no había nadie, ni siquiera se oía al búho, sólo el cielo nos observaba cuajado de estrellas. De pronto nos echamos a reír. ¡Habíamos encontrado la cueva de Alí Babá! Nos metimos en el coche para que Julián preparara unas rayas. «¿Nos lo llevamos?» No sé quién fue el primero que lo dijo. Puede que fuera yo. Nos miramos unos a otros buscando la respuesta en los demás, pero todas las miradas llenas de excitación decían lo mismo: claro que sí.

No era infrecuente encontrarse algún fardo en la playa porque los narcos arrojaban el costo por la borda de las lanchas cuando los perseguía la Guardia Civil, pero aquello era otra cosa, se trataba de mucha más cantidad y no estaba allí abandonado sino escondido. No quisimos reparar en esa diferencia, no nos importaba. Nos sentíamos niños traviesos dispuestos a hacer una buena jugarreta. De algún modo, aquello nos pertenecía, era un premio del destino, un regalo que confirmaba nuestra buena estrella, cómo no pensar que nos estaba esperando, que era nuestro. Fumábamos hachís desde chavales, el hachís era una manera de mostrar nuestra rebeldía tanto frente al mundo caduco y convencional de los «carcas» como al no menos caduco y politizado de los «progres», una seña de identidad por encima incluso del placer que el cannabis proporcionaba, para eso nos juntábamos «con toda clase de delincuentes», como dice la canción, nos fingíamos marginales aunque tuviéramos buenas familias, buenas casas y buenos trabajos, adoptábamos sin ambages la jerga de la drogadicción y el contrabando, entre meneos rocanroleros, jipíos flamencos y vivas a Silvio y a Camarón. Queríamos ser transgresores en todo, cantábamos a coro que sólo nos gustaba lo ilegal y lo inmoral y aquel mundo turbio, gozoso, clandestino, nos proporcionó el hábito de la transgresión. ¿Cómo íbamos a abandonarlo precisamente en aquel lugar, en aquella montaña que era para nosotros el emblema de todo a lo

que aspirábamos? ¿Por qué no íbamos a tomar lo que no era nuestro si nos creíamos con derecho a todo? Sabíamos que cometíamos un delito, pero eso no nos arredró. Suponíamos que era peligroso, pero eso nos estimuló, nos proporcionó la emoción de una aventura. Por toda la costa debía de haber escondrijos como aquel, todas las noches partían de África, allí enfrente, a unos cuantos kilómetros por mar, embarcaciones cargadas de polen prensado y oscuro como el chocolate.

Creo que fue Teresa la que sugirió que nos lleváramos sólo un fardo, con eso tendríamos de sobra para fumar durante meses y convidar a todos los amigos. Total, qué íbamos a hacer con lo demás. «Venderlo», contestó Julián. Conocía a unos tíos de Bilbao que distribuían por el norte a gran escala. Era gente de fiar, nadie sabría nunca por ellos que nos lo habían comprado a nosotros. ¿Cuál era la diferencia entre llevarnos uno o veinte? El dinero nos vendría bien a todos y lo único que hacíamos era robar a unos traficantes que ya estaban forrados. La noche nos rodeaba y nos protegía, no había viento; ante nosotros, cientos de metros más abajo, el mar estaba en calma salpicado por las luces solitarias de algunas barcas de pesca. Desde allí no se divisaba la playa, donde, a buen seguro, habría hogueras de la gente que se reunía a contemplar las estrellas fugaces. No había nadie en kilómetros a la redonda.

Lo hicimos. No fue por el dinero, aunque desde que pensamos en él comenzamos a necesitarlo, sino por la adrenalina que se desencadenó en nuestros organismos mientras cargábamos los fardos en el coche con una energía maníaca. Estábamos tan nerviosos que ni los contamos, aunque calculamos que debían de pesar unos veinte kilos. Rasgamos uno y aquello olía a gloria, era pura goma, el mítico doble cero. Regresamos por el camino de cabras sintiéndonos los protagonistas de una película de miedo, veíamos figuras extrañas, fantasmagorías en las luces dislocadas de los faros que bailaban con el traqueteo del vehículo y convertían cualquier matojo en un tricornio de la Guardia Civil. En cualquier momento temíamos que se encendieran por sorpresa los faros de algún

otro coche, que nos cortaran el paso, pero llegamos eufóricos a nuestra mansión alquilada sin un solo contrat tiempo. Entonces no sabíamos que aquel era nuestro adiós a la irresponsabilidad de la juventud, el último petardo de la traca.

Hace ya tiempo que amaneció y el levante no ha dejado de soplar, como si lo impulsara un dolor cuyo alarido no permite desmayo alguno, pero yo sí necesito un descanso, me duelen la espalda, el hombro, el corazón o lo que me quede de él. Salgo a dar un paseo cruzando el páramo lleno de brezales hasta la playa de La Aceitera con su alambrada rota y su búnker destruido. Vacía, porque no hay nadie que se oponga a la violencia del viento que me arroja arena a los ojos, me abofetea, me zarandea como un matón a su víctima haciéndome perder el equilibrio. Pero me resisto y avanzo echado hacia delante hasta encontrar el refugio precario de un tosco murete de piedra. El mar está picado, lleno de festones blancos, turbulento y gris como las nubes que pasan como si las arrastrarán de los pelos. Amo esta fuerza indomable, este paisaje dramático, frontera entre dos mundos, aislado entre las sierras y el océano, modelado por el viento, la soledad y el contrabando. Hoy las carreteras lo han allanado todo, pero cuando rugen el levante, esta tierra fronteriza, despoblada, se muestra en su inequívoca naturaleza salvaje, convoca leyendas de huesos blancos de ahogados, gritos de naufragio mezclados en la vasta respiración del mar, tesoros ocultos que vienen del moro, sórdidas gestas de los héroes del narco. La arena se me cuele en las ropas, en los ojos, en las narices, en los oídos, me levanto y vuelvo caminando inclinado, prestando una forzada reverencia al dios del lugar, abro y cierro la puerta de mi solitaria vivienda, me quito la ropa y me siento ante mi escritorio, dispuesto a seguir mirando hacia el pasado para convertirme en una estatua de sal.